

XIII Jornadas de cultura tradicional zamorana.

Enero 2015

Conferencia de Concha López Llamas

Madre Tierra-Lenguas Madre.

Reconectar o Desaparecer.

Últimamente me dedico a escribir novela. Historias que me permiten profundizar sobre aquello que me interesa y forma parte de los ejes que ordenan y gobiernan mi vida. Por eso dos de mis tres novelas, la primera y la última, tratan sobre la vida rural y sobre la connivencia de ésta con la vida natural, enmarcadas ambas en mi Carballada que, como bien sabéis, es una de las comarcas del noroeste ibérico.

La primera la titulé “Bajo el dominio del río Negro. Mirada interior de una naturalista”. Solo con leer el título se aprecian mis intenciones. Mostrarme, desde lo más auténtico de mí, la mirada interior siempre busca la autenticidad, y rendirle los honores a una naturaleza a la que llego incluso a someterme, sabedora que en eso consiste para que la energía fluya sin tropiezos y la materia se exprese de forma biodiversa y equilibrada; como fluye sin descanso el río Negro, ofreciendo a su paso condiciones vitales para todas las especies asentadas en sus márgenes y en su cuenca. Es un libro de indagación personal en momento de crisis y de búsqueda de espacios-hogar donde borbotee aún el magma primigenio a la espera de solidificar, una vez más, en proyectos ilusionantes y vitales. En Bajo el dominio del río Negro, esa cámara genésica, habita en el interior del robledal, delimitada por lo que denomino la línea verde, al tiempo que recibe el influjo del río Negro.

La tercera novela se titula “Beatriz y la loba”. Vio la luz este verano, el 2 de junio, en esta ciudad, en la Feria del Libro y aunque es una novela de ficción tiene puntos en común con la primera.

Las protagonistas son dos hembras, una mujer, Beatriz, y una loba, Oak, aquejadas de maltrato impuesto por machos de Homo sapiens, catalogado como violencia de género y violencia de especie respectivamente. Beatriz es una joven zamorana del barrio de Olivares que, como sabéis, está ubicado extramuros y a orillas del Duero; y Oak es una lobezna nacida en las faldas de la Sierra de la Cabrera. Ambas pierden a la vez los sustentos necesarios para la vida: hábitat, familia, alimento y trabajo, circunstancia que las conduce hasta la comarca de la Carballada, en la que desarrollaran una parte importantísima

de sus vidas. Junto a ellas conforman la trama: Santiago, joven camionero originario de Val de Fuentes, pueblo ribereño del río Negro, sin ubicación real en el mapa para que cada lector o lectora pueda ver al suyo reflejado en él; Severino, su difunto abuelo; Cedrik, lobo errante que acaba de alcanzar la madurez; Vecio, lobo viejo y apátrida; Manuel, un anciano con añoranzas de otro tiempo; o Lucía, amiga íntima de Beatriz.

Como veis, la Carballeda vuelve a ser el marco de la novela y el encuentro con la naturaleza salvaje de este enclave, simbolizada en sus montes, ríos, peñas y en su máximo exponente, el lobo ibérico. Este marco es, sin duda, la estrategia que utilizo para rehabilitarlas y dignificarlas.

Las hembras de Homo sapiens maltratadas son seres debilitados, disminuidos, miedosos, alienados. Desde esa actitud vital ¿cómo pueden revalorizarse? Para que griten al mundo su mal y busquen soluciones al respecto es necesario que aprendan a trepar sobre sus propias carencias, apoyándose para erguirse sobre plataformas anexas que las permitan alzar la voz, empoderarse en definitiva.

A Beatriz la saco de la ciudad y me la llevo hasta mi tierra de la Carballeda para echarla al monte. En él la obligo a salirse de los caminos trazados para ganar en rebeldía; a sumergirse en el río Negro para recargarse de bravura; a esparcir su orina sobre las matas para balizar el territorio; a descorrearse la piel como corzo, con las ramas de los robles, hasta dar con el lugar recóndito donde habita su ser salvaje adormecido, casi inexistente, desde donde poder mirar cara a cara a la especie más indómita de estos parajes, la que ha sabido aguantar como ninguna los envites de sus pobladores humanos, con quienes conviven desde tiempos ancestrales. Las lobas y lobos del noroeste ibérico.

Pero también en ambas novelas la cultura rural de la Carballeda tiene un lugar privilegiado y el encuentro con los paisanos que la han elaborado a fuego lento, se constituye en un bálsamo sanador de heridas profundas. En Bajo el dominio del río Negro van desfilando personajes reales de Santa Eulalia del Río Negro que me han dado su amor, enseñado, protegido, enamorado y como no desconcertado, agredido también; modelando mi personalidad como si fuera de barro. En Beatriz y la loba, un buen puñado de personajes se configuran como claros y sombras que condicionan el proceder en la vida de las dos protagonistas, mujer y loba. Tres de ellos son especialmente relevantes en esta trama y se corresponden con Santiago, el marido de Beatriz, su difunto abuelo Severino y Manuel, primo hermano de éste.

La inclusión de estos personajes rurales me ha permitido, en las dos novelas, recuperar vocablos y expresiones, hoy en día en desuso. Como comprenderéis, esta es la razón por la que precisamente hoy estoy aquí con vosotros y vosotras. El Glosario en Bajo el dominio del río Negro es de unas

cincuenta palabras; y en Beatriz y la loba de unas doscientas. Palabras maltratadas, amancilladas y humilladas, como las protagonistas de esta novela. Es por esto que en Beatriz y la loba no se dan dos tipos de violencia, sino tres: violencia de género, violencia de especie y violencia cultural, en especial hacia el lenguaje.

Así lo expreso en el capítulo “La mirada“, donde Manuel y Beatriz charlan y comen a la luz de la lumbre, como paso a leerlos a continuación.

“...Para Beatriz todo estaba delicioso, no solo por lo que estaba comiendo sino por sentir a su corazón arropado con el cariño de un abuelo, que eso era lo que significaba Manuel para ella. Por instantes, lograba desembarazarse de la imagen de su cuerpo desarticulado, cual marioneta sin hilos, en el mismo lugar que ahora se encontraba sentada.

—Este cuchillo hay que aguzarlo. No corta nada.

—Quieres decir que hay que afilarlo, supongo.

La muchacha disfrutaba con cada nueva palabra que salía de la boca de su maestro.

—Eso es —le contestó Manuel, mientras terminaba de trocear la hogaza de pan con las manos—. ¿La has apuntado?

—Ya te digo. Si me viera mi profe de Lengua, con lo poco que me interesaba todo eso.

Manuel observaba complacido la disposición de la joven a dejarse impregnar de todos sus conocimientos, adquiridos al hilo de sus experiencias vitales. Se esforzaba, además, en recuperar del olvido aquellas palabras que tanto le agradaban y de las que él, como todos los de su época, se había sentido avergonzado por considerarlas un rasgo de incultura.

Volverlas a lanzar al aire le hacía mucho bien. Cada uno de aquellos vocablos le desvelaba imágenes, le despertaba olores y sonidos y rejuvenecía las texturas de todo lo que sus dedos habían palpado al nombrarlos de joven. Justo era que la responsable del milagro se convirtiera en heredera de aquella cultura subyugada por quienes, en su día, vieron demonios donde había expresión de idiosincrasia y la tildaron de lo contrario para afianzar la dócil uniformidad.

Cuando él se fuera de este mundo, todo aquello quedaría a buen resguardo ¿Quién podría desear algo mejor?

—¿Quieres este trozo o este otro? Este tiene más mollego....” (pg 174)

Antes de escribir estas novelas reconozco que no me había detenido en el valor lingüístico y cultural de estas hablas en desuso. Ni siquiera hacía uso personal de los vocablos. Fue al comenzar a escribir y, más aún, al convocar a los ancestros de mi tierra cuando las palabras comenzaron a brotarme de muy adentro, de espacios recónditos donde habitaban sin llamar la atención, resignándose a morir conmigo como tantas y tantas lo habían hecho ya al desaparecer sus pronunciadores y pronunciadoras. Al igual que a Manuel, cuando yo las pronunciaba o las escribía removían todo tipo de recuerdos.

Las palabras *ceranda*, *tornadera*, *achanadero*, *emina*, me evocaban las sensaciones que experimentaba la piel de manos y de pies cuando al atardecer los sumergía en el montón de centeno o de trigo, ya limpio, a la espera de ser introducido en las sacas para ser transportadas en las carretas hasta el *sobrao* de la casa de mi tía Piedad. Cada grano de cereal se desplazaba, obligado ante la presión que ejercía con mis manos o pies, para recubrirlos, una y otra vez, refrescándome en cada encuentro, cada vez más profundo.

La palabra *cobertor* me hundía bajo su peso hasta aplanarme toda, serena y acogida de niña, por los brazos de mi madre.

Decir "*las puertas grandes*", aquellas que dan paso a los carros y a los ganados hasta el corral con sus cuadras, era como recibir la bocanada húmeda y caliente del estiércol en septiembre, cargado sobre la carreta para esparcirse sobre las tierras necesitadas de nuevo alimento.

Trastabillar me sonaba a regañina de algún familiar. A una niña de ciudad siempre se le atribuían torpezas al caminar por calles sin asfaltar pedregosas y no digamos por el monte. -*Ten cuidado Mari Conchi. A ver si te vas a trastabillar y te mancas*- ¡Ay, *mancar* o *andacio*! Algunas palabras me devolvían la imagen de una persona. Cuando digo *andacio* veo a mi tía Lorenza cruzando la calle, desplazando la saya negra, con sus graciosas caderas, de un lado para otro. Curioso, porque *andacio* significa enfermedad contagiosa, tipo catarro, gripe o gastroenteritis, que nada tiene que ver con que a mi tía la recordara aquejada de uno de esos males, sino todo lo contrario. En cualquier caso también su caminar airoso se contagiaba o al menos esparcía alegría entre quienes la mirábamos.

Así son las palabras, evocadoras de sensaciones, emociones, sentimientos, imágenes...

Decir *aocas* es ver agua correr en el reguero por el valle en Semana Santa; *doronciella* (comadreja) recibir el frescor de la noche en verano a la puerta de la calle, mientras el pequeño mamífero hacía funambulismo sobre los cables de la luz; *ramajos*, percibir el olor meloso de las ramas y hojas de roble verde, acarreado hasta el pueblo para colocarse en *tenadas* en los corrales, o a la puerta de la calle, habitáculo de todo tipo de bichos, líquenes y *abuyacos* que

colmaban mi curiosidad de niña. Como decir *beduro* o *torvisco*, que es decir abuelo, el sumo de mi felicidad, porque hasta la peña del *Beduro*, llamada así en memoria de un abedul que debió crecer en aquella pequeña *guínsula* en el río, me llevaba para verlo correr, mientras me tallaba una pequeña vara de mimbre, a mi medida.

Y tantas y tantas palabras carballesas me brotaban que parecían dispuestas a desbordarse por las páginas del borrador, para anegar al resto, a las castellanas, confiadas por sentirse soberanas. Cuando mi manantial parecía agotarse, salía a buscar otras nuevas a la plaza de la iglesia, donde un grupo de sabios, varios octogenarios, custodiaban a diario los recuerdos de antiguos clanes que allí mismo, bajo la vieja moral y las no menos añosas acacias, se habían reunido en concejo abierto para hacer un uso sostenible de los recursos naturales y humanos a su alcance. Cada día me llevaba para casa un puñado de pepitas carballesas, tan valiosas como el oro, que estudiaría la manera de que germinaran en la trama de mis novelas a la espera de recoger por contagio o mejor por *andacio* otras y otras más. Y así solía ser. Y cuando no acudía a mis viejos y queridos sabios, recurría a las innumerables listas de vocablos recopiladas por la Asociación Furmientu, cada año, en busca de nuevas voces o de nuevos sonos que siguieran despertando mi memoria de niña y de adolescente.

Lo más extraordinario fue comprobar cómo cada palabra se hilvanaba a la anterior perfilando entre todas un paisaje rural en connivencia con el natural, en el que yo había habitado desde siempre junto a familiares y vecinos de todo tipo y condición, animales (humanos o no), y también vegetales. Paisaje rural expresión de una cultura conformada de acciones, pensamientos, reflexiones en relación con la Tierra, manantial de recursos alimenticios, económicos y emocionales y por ello repleta de significantes, tantos como elementos bióticos y abióticos de un ecosistema, que de las gargantas de los lugareños surgían repletas de significados que daban más luz y razón de ser a los significantes.

Lenguas Madre para dialogar con la Madre Tierra, fuente de vida, de recursos, de tonos y de tonos diversos, como sus entornos, sus habitantes y sus estilos de vida. Vocablos para nombrar a cada ser cual Adán o cual Eva en el paraíso: *gayas, umeros, carballos, chaguazos, arremayuelos, escayos, agibanzos, carrizos, sanguiños, sabugueros, volanderas, cuclillos, milpiéngoras; rebollos, jeijos*; a cada acción ejecutada en la naturaleza: *esganchar* una rama, *escarrincarse* por una peña, *endubillarse* entre las matas, *espurriarse* sobre la hierba, *sestear* bajo los *carballos*...; o a cada utensilio o herramienta construido o elaborado con los recursos que la Tierra nos proporciona y que utilizamos para obtener de ella, directa o indirectamente, sus favores y sus dones: *talega, cesta, barrila, manal, barrederos*, cazuelas de barro, corchos como habitáculos para las abejas, ...

Lenguas que nos hablan de la cultura ecológica de quienes habitan y trabajan la tierra; y que mueren conforme el cordón umbilical que nos une a la Fuente, a la Madre de todas las madres, se deshidrata y resquebraja hasta romperse por aislarnos de ella, por transformar sus recursos, hasta tal punto que no llegamos a reconocer su origen. Es entonces cuando nos desconectamos y nos volvemos mudos. Mudos de afectos y de respetos hacia los que comparten la vida con nosotros, de cualquier raza o especie. Mudos ecológicos.

Tres tipos de violencia se dan cita en Beatriz y la loba: Violencia de género, de especie y agresión hacia la cultura rural y por ende lingüística; por ocupar las mujeres, la naturaleza en su conjunto y la cultura rural los peldaños más bajos en la escala de valores de las sociedades humanas altamente tecnificadas de raíz patriarcal.

En esta novela apuesto por dignificarlas y rehabilitarlas a la vez según las reglas del juego literario. Me valgo de la empatía que establezco entre quienes están tildadas de débiles y por ello maltratadas, para generar entre ellas y hacia sí mismas afectos profundos y auténticos. Provoco la creación de redes emocionales para que se obre el milagro. La conexión. Consiguiendo así la supervivencia de quienes la tienen en juego.

Es así como Beatriz conectada a la Madre, a la tierra, a los lobos, necesita nombrarla, significarla con la palabra nacida en ella, en La Carballeda, y que brota de ella como lo hace de la garganta de su querido viejito carballés, envuelta en afectos y cuidados hacia su joven de Olivares, los mejores vectores posibles para que un significado se convierta en significativo y por ello inolvidable.

Mi objetivo como escritora no es que Beatriz sea la única que se conecte o reconecte con la Naturaleza, a través del río Negro, sus carballos y sus lobos y aprenda a nombrarla como lo hacen los lugareños, sino que lo consigan todas aquellas personas que se suban a la grupa de Oak para cabalgar con ella por tierras de Carballeda, o se conviertan en la sombra de Beatriz mientras va ganando en rebeldía, conforme avanzan en la lectura de la novela. Mientras esto suceda, vocablos y expresiones resonarán en el aire, prestos a prender en la garganta y en el corazón de quienes las valoren como valiosas señas de identidad de los pobladores del noroeste ibérico.

Concha López Llamas